

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

574

25
cts

ANNY AHLORS

KURT GERRON

CAPRICIOS DE LA POMPADOUR

**LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco-Mario Bistagne**
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

AÑO XI

BARCELONA

N.º 574

**Caprichos
de la Pompadour**

Producción de gran espectáculo,
interpretada por

Anny Ahlors, Kurt Gerron, etc.



Selecciones "FILMÓFONO"

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
JOAN CRAWFORD

Caprichos de la Pompadour

Argumento de la película

Era en los tiempos del rey Luis XV de Francia. Reinaba el más desenfrenado lujo en la corte de Versalles, donde las fiestas se sucedían en una mágica caravana de placer.

Más que el rey, quien gobernaba a Francia era la marquesa de Pompadour, una cortesana bella y fascinadora, de irresistible simpatía y por quien Luis XV lo olvidaba todo, en un ardiente vasallaje.

La Pompadour gastaba cuantiosamente y el rey no se negaba a ninguno de sus caprichos.

En el momento en que comienza nuestra historia, había solicitado cuatro millones de francos a fin de adquirir unas grandes posesiones y unas joyas de gran valor.

Pero el banquero que le proporcionaba el dinero sentía repentinos escrúpulos ante la nueva

cantidad solicitada. ¿Respondería el rey de ella?

Aquella tarde se reunieron en el palacio de Versalles numerosos diplomáticos y cortesanos. El banquero de la Pompadour preguntó al primer ministro cuál era su opinión sobre si debía prestar o no los millones a la favorita.

—Mejor sería que no se los dejaseis.

—¿Y por qué?

—El pueblo está escamado con tantos gastos, nuestra hacienda está pobre...

—Pero la marquesa necesita esa cantidad y estoy seguro de que el rey acabará accediendo a su capricho.

—Eso, allá vos. Pero si luego perdéis el dinero, no vengáis a reclamar.

Entró momentos después madame de Pompadour, que se había levantado hacía poco.

Estaba bella como nunca, con aquella sonrisa fascinadora y sensual que hacía esclavos a los hombres.

Después de saludar cumplidamente a todos, preguntó al banquero:

—¿Tenéis ya los cuatro millones?

—Hay dificultades, señora marquesa. Nadie responde, y...

—El rey me complacerá.

—Pero el primer ministro se niega.

—No es que me niegue, señora marquesa, es que me doy cuenta del malestar que reina en Francia ante vuestros excesivos gastos. El pueblo murmura y no conviene tenerlo descontento.

—¡Bah! ¡El pueblo!

—Está cantando coplas contra vos y contra el rey.

—¿Quién ha osado?

—He recogido un ejemplar de esos cuplés en que se os ataca.

—¡Miserables!

Despechada, leyó un papel que le alargaba el primer ministro. Una profunda palidez cubrió su semblante. Las coplas eran incisivas, insultantes, de sátira violenta. Se censuraba acremente al rey, que no nos gobierna — decía la canción —, pues quien realmente nos manda es la marquesa de Pompadour, esa dama galante y vieja que "como si fuesen pares de guantes, colecciona cincuenta amantes".

—¡Qué infamia! — protestó la favorita. — ¿Y quién es el autor de esa cobardía?

—Un poeta del pueblo, un tal Gastón de Melville, señora.

—Hay que castigarle. Tales ofensas a mi persona y a la del rey, no pueden quedar impunes.

Y arrugando y echando a un rincón el papel, se alejó del salón, seguida de su fiel dama, la condesa de Estrade.

Los cortesanos se apresuraron a recoger aquel papel y rieron socarronamente al conocer sus términos, tan crudos y reales. La canción era insultante, ciertamente, pero tenía razón. ¿Qué era Luis XV, sino un esclavo de la favorita?

Poco después llegó el monarca, a quien, por el momento, ocultaron lo ocurrido momentos antes.

El banquero, atrevido y celoso defensor de sus intereses, se acercó al rey, hablándole de que la Pompadour quería adquirir unas preciosas joyas, amén de una posesión donde poder descansar en los días calurosos de verano. Todo ello importaba, señor, unos cuatro millones. El los prestaría, pero naturalmente necesitaba garan-

tías, que alguien pudiera responder del desembolso.

Luis XV sonrió, abriendo enormemente la boca mal construida y sensual. ¡Bah! No debía preocuparse el banquero. Las arcas del Tesoro



—¿Y quién es el autor de esa cobardía?

estaban colmadas. Podía dejar todo el dinero que ella pidiese, que por algo estaban el rey y la hacienda para responder.

El prestamista se inclinó con cortesana reverencia y sonrió al primer ministro, como diciéndole: ¿Qué te parece? ¿Ves como no hay ningún hombre que deje de ser generoso ante el amor? Y el banquero se apartó discretamente, saboreando las ganancias de aquella operación,

pues naturalmente, el pobrecito, no iba a trabajar de balde y había de cargar sus intereses.

* * *

Dos días después, Luis XV, como de costumbre, se había levantado tarde.

Mientras sus ayudas de cámara le acababan de vestir, el primer ministro le daba cuenta de varios importantes asuntos de Estado.

Pero a todo contestaba aquel rey, a quien molestaban las cosas trascendentales y que sólo había venido a la vida para divertirse:

—¡Eso a la marquesa! ¡Eso a la marquesa!

El ministro, resignadamente, debía volver a guardar los papeles en la cartera, para ir luego a pedir opinión a la que no sólo era dueña del corazón del rey, sino de los destinos de Francia.

—Majestad—añadió al cabo de unos momentos—, tengo que daros una noticia. Ha sido detenido un tal Gastón de Meville, un poeta del pueblo que se ha atrevido a hacer unas coplas contra vuestra augusta persona.

—¿Eso ha hecho? ¿Dónde están esos cuplés? ¿Tenéis algún ejemplar?

—Sí, pero temo herir los sentimientos de Vuestra Majestad.

—¿Qué importa? ¡Venga!

El primer ministro le entregó la canción, que Luis XV leyó, lívido de rabia.

—¡Poeta! ¡Embustero! ¿Que yo, yo, soy el esclavo de la Pompadour? ¿Que quien gobierna a Francia es la marquesa? ¡Falso, falsísimo!... ¡El único rey y señor soy yo! ¡Estaría bueno!

¡Es preciso castigar severísimamente al autor!

—Está ya preso.

—Hay que sentenciarle a la última pena.

—Acaso sería mejor no extremar las cosas. El pueblo está encariñado con su poeta... y sería de mala política hacer ahora un mártir.

—De todos modos, hay que castigarle severamente. ¡Maldito poeta! ¿Por qué no se mete en las otras cosas inofensivas de su profesión? Que haga versos a su novia, y a la luna, pero que nos deje en paz.

—¿Qué hacemos con él, señor?

—No sé... no sé. ¡Decir que yo no tengo voluntad propia, que soy el esclavo de una mujer! ¡Es atrevimiento! En fin, ya veré lo que se hace con él... Lo consultaré con la marquesa.

El primer ministro sonrió y se retiró del salón. En lo sucesivo, sería preferible consultar directamente con la Pompadour.

* * *

Aquella tarde fué interrogado en el palacio de Versalles por el jefe superior de policía el poeta Gastón de Meville, muchacho joven de agradable presencia.

Con singular energía defendió el acusado su conducta.

—Yo digo las cosas como son, y nadie negará que el rey y la marquesa...

—¡Insolente!

—Estáis tan enterado como yo...

—¿No teméis el castigo de las leyes?

—No creo que por haber hecho unas coplas se me imponga la pena de muerte.

—Mucho os fiáis. Habéis cometido un delito de lesa majestad... y ¡quién sabe lo que eso puede reportaros!

—No llegará la sangre al río.

—Retiráos. ¡Conducid ese hombre al calabozo!—dijo a unos guardianes.

Gastón saludó sonriente y salió en medio de la pareja de policías. Al pasar por la gran escalinata que conducía a las habitaciones de la marquesa de Pompadour, salió a su encuentro un teniente, quien ordenó a los guardias se retirasen.

—Seguidme vos—dijo a Gastón.

—¿Adónde?

—A la presencia de la marquesa de Pompadour.

—¿La marquesa? ¿Qué querrá de mí?

Momentos después entraba en la suntuosa alcoba, llena de cuadros galantes, de la favorita del rey. El teniente se retiró.

No tardó ella en presentarse, un poco sorprendida al ver al poeta, al que creía un hombre desastrado, melenudo, sucio y, en cambio, se presentaba bien vestido, elegante, de gesto aristocrático y señorial.

—Vos sois Gastón de Meville, ¿verdad?

—Sí, señora —exclamó, inclinándose en una reverencia cortesana y confesando íntimamente que había estado injusto al cantar que era vieja la marquesa de Pompadour, pues, natural o artificialmente, parecía la propia estampa de la diosa juventud.

Quedaron un momento en silencio, contemplándose sin hostilidad, como si un misterioso sentimiento de simpatía les atrajese mutuamente. La marquesa sintió que se calmaban sus rencores,

y en cuanto a Gastón, se arrepintió de haber esgrimido sus armas poéticas contra la favorita.

—Sé que sois el autor de una canción contra mí. Quiero escucharla de vuestros propios labios.

—¡Señora, perdonadme! Canté sin conoceros; pero hoy que estoy ante vuestra presencia, excuso, amparo y comprendo todas las debilidades del rey.

—¡Cantadla!

—¡No me atrevo!

—Conozco la letra. ¡Cantad!

Ella misma le entregó una mandolina y Gastón, un poco turbado y sin sentir rencor alguno contra la marquesa, comenzó a cantar la satírica canción en que se ridiculizaba a la Pompadour y al rey. Al llegar al pasaje en que se la llamaba vieja, se detuvo, comprendiendo la ofensa casi irreparable con que iba a zaherir a la bella.

—¡Seguid! Nada me sorprenderá—dijo ella.

Continuó cantando con voz temblorosa, avergonzado de aquellos conceptos y lamentando haberlos escrito. Siempre se había forjado la idea de que la Pompadour era una mujer anciana y antipática, y tenía que reconocer que nada estaba más lejos de la realidad.

Cuando acabó, miró a la marquesa, inclinándose humildemente, como pidiéndola perdón.

—¿Os parece bien haberme insultado de ese modo?

—Ahora excuso la conducta del rey. ¿Quién que os conozca dejará de ser vuestro esclavo?

—Vos no lo seríais.

—Yo, como los demás.

—Muy rápidamente han cambiado vuestros sentimientos, al parecer.

—¡Marquesa!

—¿Me odiáis?

—¡Nunca!

—Sois agradable, Gastón... y casi, casi os perdono la ofensa.

Era la marquesa caprichosa; gustaba cambiar de uno a otro amante, y en aquel momento se había enamorado de Gastón, de su juventud, de su simpatía, de sus ojos de soñador. Y por su parte, Gastón, cuyas convicciones políticas vacilaban siempre ante una mujer hermosa, se sentía sumergido en la onda de fina voluptuosidad que ella esparcía.

—Sin embargo, la ofensa ha sido grave—dijo ella—, y no puedo dejaros sin castigo.

—Escribiré un elogio vuestro en desagravio, marquesa.

—No basta. Estáis ya bajo la justicia del rey. No podéis escaparos.

—Repararé mi error donde sea, en la cárcel o en el destierro.

—¿Sabéis, Gastón, que serían capaces de mataros? Habéis cometido una ofensa irreparable contra el rey... y eso se paga con la vida. Mirad, debería odiaros, y siento por vos una gran simpatía.

—Como yo.

—Quiero salvaros. Facilitaré vuestra fuga.

—¡Oh, marquesa!

—Pero no os escaparéis de mis manos. Vais a ingresar en la Academia Militar de Saint Cyr como cadete. Os recomendaré al coronel.

—Pero...

—No repliquéis... ¿o es que preferís ir a la

cárcel o a otro sitio peor? Y desde ahora, Gastón de Meville ha muerto. Recordadlo. Os llamaréis Gastón... Gastón de Moreau.

—Marquesa, a vuestras órdenes.



—Quiero salvaros. Facilitaré vuestra fuga.

La Pompadour, sonriente, se miró el blanco zapato y, viendo que se le había aflojado la cinta que lo sujetaba, dijo a Gastón:

—Arregladme el zapato, ¿queréis?

—¡De mil amores!

Inclinóse Gastón, arregló el calzado y pudo contemplar a su sabor la fina y bien torneada

pierna en el estuche de la sedosa media gris... A punto estuvo de depositar en ella un rendido beso.

—¿Tenéis novia, Gastón?

—No.

—¿Habéis amado?

—A una mujer.

—¿Cómo se llama?

—La marquesa de Pompadour—dijo, sonriente y atrevido.

—¿Estáis loco? ¡Si os oye el rey! ¡Ah, malos servidores tiene el pueblo! Malos son los poetas. Habéis cantado coplas contra mí y ahora me prodigáis madrigales.

—Porque no os conocía, porque me hice eco de la voz popular, que tampoco os conoce. Pero, ¿qué importa todo ante vuestra belleza? ¿Qué es el Erario de la nación ante un beso de vuestros labios?

—Sois tan divino en el hablar como mentiroso.

—¡Nunca mentí!

Entró precipitadamente la condesa de Estrade.

—¡El rey, señora!

—¡Ah! Entonces...

—No os alarméis—dijo la Pompadour sonriente—. Id a ocultaros detrás de aquella cortina. Nada temáis.

El poeta corrió a esconderse, e instantes después entraba la figura voluminosa del soberano.

Besó a la Pompadour, mujer caprichosa que no le amaba, pero que por ambición transigía con los afectos reales. Bien es verdad que salpicaba su vida de aburrimiento con el amor variado y continuo de otros donceles de la corte.

Luis XV dió cuenta a la marquesa de la detención del poeta Gastón.

—Le condenaremos a muerte. ¿no os parece?

—¿A muerte? ¿Para qué? Mejor es al destierro. Me llama vieja y no quiero que piense que me ha ofendido.

—¡Es un felón! Figuraos que dice que yo no tengo voluntad propia. y en Francia no se mueve la hoja de un árbol sin mi permiso.

—¿Quién hace caso de un poeta? A mí me insulta groseramente... y ya veis, le desdeño. Haced como yo. Le desterraréis a las colonias. Allí, que cante coplas a los negros.

—Pero siempre es peligroso que vuelva.

—No volverá. No escribirá más contra mí.

—Bien. Haré lo que gustéis. Vos mandáis, marquesa... ¡Miserable poeta!

Y, después de permanecer aún unos momentos al lado de su amante, el rey se alejó.

El poeta salió de su escondite para agradecer a la Pompadour su intervención.

—Y haré un madrigal a vuestra belleza, señora...

—No lo acepto. Sois mi prisionero, no lo olvidéis.

—Prisionero de amor desde que os conocí.

—¿Vos? ¡Si sois voluble como el aire!

—Soy vuestro esclavo.

—Vais a salir de aquí. Voy a mandar una carta de recomendación para el director de la Academia. Idos a Saint Cyr y ya sabréis de mí.

La marquesa salió de la estancia, dirigiéndose al encuentro del oficial que antes había conducido a Gastón.

—Teniente Port, ¿no lo sabéis? Aprovechando un momento de descuido, el poeta se ha escapado.

—¡Oh, señora marquesa! ¡Qué responsabilidad!

—No os preocupe eso, *coronel*.

—¡Señora!—dijo, emocionado ante el apelativo de coronel.

—Si guardáis silencio, vuestro ascenso es seguro.

—¡Sí, marquesa!

Todo lo comprendió el teniente; la marquesa proporcionaba la fuga de Gastón. Pero la idea de que ella gestionaría, es decir, obtendría, su ascenso a tan importante categoría militar, le hizo acceder a todo y guardar un delicado silencio.

La marquesa volvió al lado de Gastón, que se sentía cada vez más enamorado de la bella.

Renunciaba para siempre a escribir versos contra la favorita del rey, y aceptaba, si no con gusto, a lo menos con resignación, su ingreso en la Academia Militar. Estaba seguro, además, de que la Pompadour se interesaría por él... ¡y quién sabe si Gastón, gracias a su simpatía, iba a conseguir ser catalogado entre los que conocieron cuál era el gusto de aquella boca de mujer!

Marchaba poco después por una escalera privada. Y la marquesa, caprichosa y alegre, escribía al coronel de la Academia:

Os recomiendo a mi buen amigo Gastón de Moreau. Es necesario tratarle con dureza... Régimen a base de ostras, langosta y champaña...

* * *

Poca gente se podía acércar a la marquesa de Pompadour. Esta no concedía apenas audiencias y

era su dama de honor, la condesa de Estrade, quien se encargaba de recibir las visitas y atender todas las recomendaciones.

Las antesalas de la Pompadour siempre estaban llenas de gente, como si aguardasen ser recibidas por el primer ministro. Y es que la Pompadour gobernaba al país y todos sabían la influencia que ella tenía cerca del rey.

Entre los visitantes que esperaban aquel día, figuraba Carlos Freves, un muchacho provinciano, recomendado a la condesa de Estrade, y María, una hermosa joven que irradiaba fina y delicada belleza.

Pronto Carlos entabló amistad, durante la interminable espera, con María, a la que invitó a tomar bombones y explicó fanfarronamente sus planes.

—A mí, el rey quería nombrarme almirante—dijo—, pero no he podido ocupar el cargo porque no sé nadar. Me van a nombrar general.

—Pues a mí me han nombrado dama de honor de la Pompadour.

—Ya nos veremos en la corte.

—¿Tiene usted mucho interés en verme?

—¡Muchísimo! Por usted renunciaría de buen grado a mi cargo de general.

Hablaron largo rato, se dijeron esas mil ingeniosidades con que la juventud apura el eterno tema del amor, y como no tenían prisa alguna, dejaron pasar a todos los demás visitantes, entreteniéndose ellos en su conversación y en acabar los bombones.

Nadie quedaba en el salón... y seguía su charla. Por fin salió el mayordomo, quien, enfurecido por haber ensuciado aquéllos el suelo con el

colorado envoltorio de los bombones, hizo entrar a Carlos, pero éste cedió a María la preferencia.

La condesa de Estrade recibió afectuosamente a la joven y la hizo pasar a ver a la marquesa a cuyo servicio quedaba adscrita desde aquel momento.



—A mí, el rey quería nombrarme almirante...

Después recibió la de Estrade al joven Carlos Freves. Era la condesa mujer ya otoñal, de apasionado temperamento, constantemente en ebullición, por los constantes malos ejemplos que veía en la Pompadour.

Ante aquel joven simpático, de carácter franco y abierto, sintió como una inyección de juventud.

Carlos le entregó la carta de recomendación, en

la que un buen amigo de la condesa pedía a ésta procurase que el joven provinciano ingresara en la Academia de Saint Cyr.

—Yo os recomendaré al coronel... Y muy bien recomendado.

—¡Gracias, condesa!

—Sois muy simpático, Carlos.

—Y vos muy amable.

—¡Carlos!

Y avanzó tanto y tanto hacia él, que Carlos, que amaba las aventuras amorosas, pero con gente joven y primaveral, retrocedió temeroso.

—Marcharéis mañana. Pediré al rey, por medio de la marquesa, que os otorgue autorización para el ingreso.

—Encantado por todo, señora.

—Espero que seáis agradecido... y que cuando tengáis licencia me vengáis a ver.

—No faltaré.

—A cualquier hora estaré para vos, ¿entendéis? A cualquier hora.

—De sobra, señora condesa. Pero ahora, permitidme que me retire.

—Es lástima que os vayáis tan pronto... pero confío en veros mañana.

—No lo dudéis.

—¡Adiós, Carlitos!

—¡Adiós, señora condesa!

El joven marchó un poco alarmado ante las insinuaciones de la otoñal. ¡Demonio de señora! Procuraría no quedar nunca a solas con ella.

Al día siguiente fué a recoger la recomendación para el coronel de la Academia. La Estrade le entregó una carta llena de elogios, y Carlos, después de agradecerla cariñosamente, vol-

vió a salir, pretextando que le estaba aguardando un diplomático extranjero.

Y quedó la condesa un poco aturdida por un fuerte amor hacia el arrogante mancebo.

* * *

Llevaban ya Gastón y Carlos varias semanas en la Academia Militar. Gastón, que había renunciado al gratuito papel de poeta del pueblo, pensaba muchas veces en los encantos de la Pompadour y en lo feliz que sería si algún día pudieran ser suyos. Carlos evocaba la figura suave de María, aquella damita linda como una porcelana del Japón.

Cierta tarde, la tropa formó en el amplio patio de la Academia... Presentó armas y llegaron momentos después, montadas a caballo, la marquesa de Pompadour y la condesa de Estrade.

Gastón tembló de emoción al ver a la favorita del rey, palpitante de belleza y de una fuerte e impresionante juventud.

Ambas damas descendieron de caballo y la Pompadour expuso al coronel su deseo:

—Necesito ocho de sus cadetes. Voy a dar una gran fiesta en Versalles en honor del rey, y quiero que ocho jóvenes tomen parte en ella.

—A vuestra disposición, señora marquesa.

Pasó la Pompadour ante los futuros oficiales, escogiendo a varios para tomar parte en aquel gran festival.

La condesa de Estrade hizo poner a Carlos en primera fila, y la Pompadour, fijándose en ello y para complacer a su dama, dijo también a Carlos Freves que formaba parte de los elegidos.

No le hizo mucha gracia al joven la idea de tener que estar cerca de la condesa.

La Pompadour, que había desfilado varias veces ante Gastón sin hacerle siquiera el honor de una mirada, escamando el ánimo de éste, se detuvo al fin ante él y le dijo con la más atractiva de las sonrisas:

—¿Queréis tomar parte en la fiesta, Gastón?

—¡Lo deseo ardientemente!

—¿Tanto?

—¿No sabéis que os adoro?—murmuró en voz baja.

—¡Loco! ¡Si lo supiera el rey!

—¿Qué me importa?

—¡Callad! Vos y yo formaremos una pareja de baile. Pero antes tenemos que ensayar mucho.

Escogidos ya los ocho cadetes, las dos damas volvieron a marchar, despedidas con los mismos honores militares.

Gastón quedó pensando en la felicidad que le aguardaba al poder estar cerca de la Pompadour. Carlos se sentía disgustado y feliz al propio tiempo: disgustado por la idea de permanecer junto a la condesa, vieja e insaciable; feliz, porque podría volver a ver a María, la adolescente pálida y frágil...

* * *

Desde el día siguiente dieron principio los ensayos en Versalles. La condesa de Estrade cuidaba de hacer ensayar los pasos de baile a los cadetes, con excepción de Gastón, que dependía exclusivamente de la Pompadour.

Con finas maneras les enseñaba los diferentes

pasos del minué. Pero de una manera especial se cuidaba de Carlos, bailando con él, mostrándose cariñosa y delicada como la más tierna de las amantes.

Y Carlos, que había vuelto a ver a María y sentía su alma inflamada por el hálito del verdadero amor, estaba apenado ante el continuo interés que le demostraba la condesa.

Una tarde, ya casi en vísperas del festival, la condesa le dijo en voz baja:

—Bailáis muy bien, mucho... pero todavía os falta un poco de perfeccionamiento. Acudid esta noche a las doce al Pabellón de Venus, y allí os daré una nueva lección.

—Pero, señora condesa...

—¡No repliquéis, Carlos malo!

Y puso en sus menudos ojos tanta voluptuosidad, que iluminaba un rostro envejecido y cargado de pinturas, que Carlos se juró inmediatamente no ir, aunque se expusiera a la más tremebunda de las iras.

Entretanto, la marquesa de Pompadour daba su lección de ensayo a su enamorado Gastón. María, su dama de honor, era la encargada de tocar el piano, situado en el fondo de la estancia y medio oculto por un biombo de laca.

La Pompadour, tendida indolentemente en un diván, decía a Gastón:

—Vos figuráis ser el pastorcillo que sorprende a la pastora en el bosque. La pastora está durmiendo. Vos la despertáis con un beso en la mano.

Gastón, sonriente, besó aquella mano fina y pálida de marfil.

—La pastorcilla sigue durmiendo. Tenéis que besarla más... ahora en el brazo.

Los labios del mozo besaron el brazo blanco, de fina pelusilla perfumada.

—Y la pastora no despierta—rió la Pompadour—. ¡Besadla en el hombro!

Gastón posó los labios en el hombro desnudo. Ella rió, estremeciéndose bajo la caricia.

—La pastora ya sonríe—continuó la picaresca marquesa—. Para despertarla más, hay que besarla en los labios...

Y Gastón no se hizo repetir la invitación. Fundió los labios en aquella boca fina, absorbente, cáliz de miel donde era goloso libar.

Abrióse bruscamente la puerta y una dama anunció la inmediata llegada del rey.

Luis XV entró a continuación en la estancia. La Pompadour se había levantado y se dejó acariciar por los brazos torpes y gordos del rey.

—¿Quién es ese oficial?—preguntó, escamado.

—Es Gastón de Moreau, cadete de Saint Cyr, uno de los que tomarán parte en la gran fiesta que preparo en vuestro honor...

Gastón se inclinó y el rey le saludó sonriente, sin sospechar.

—A ver... Bailad un poco.

María había salido de detrás del biombo, y Luis XV la contempló con el interés que inspiran siempre las mujeres bellas y desconocidas.

La presentó la Pompadour como una de sus damas de honor, y el soberano murmuró unas frases galantes.

La Pompadour y Gastón dieron unas cuantas vueltas de baile, que no parecieron satisfacer demasiado al monarca.

—Vos, señorita—dijo a María—, ¿también tomaréis parte en la fiesta?

—¡No faltaba más!—afirmó la Pompadour—. Bailará con un oficial.

—A ver cómo lo hacéis, Tocad un poco el piano, marquesa.

A los acordes de una música suave, el rey y María dieron unos pasos.

—Hay que hacerlo mejor—le dijo Luis al oído—. Esta noche os espero a las doce en el Pabellón de Venus.

—Pero...

—¡No repliquéis! Allí ensayaremos todo lo necesario.

Y sus ojos, cargados de sensualidad, devoraron a la pobre y gracil niña, que tembló comprendiendo las intenciones del soberano. Y aquella muchacha se prometió en el acto no ir a la cita del rey. Arrostraría sus iras, pero ella mantendría incólume su honor. Su cabeza hizo un movimiento ambiguo, que el rey, satisfecho y seguro de que nadie se resistiría a su capricho, tomó por una aceptación.

* * *

Y llegó la media noche. Y poco antes de las doce, ya Luis XV se encontraba en el Pabellón de Venus, un chalet discreto que se había hecho construir entre los jardines del Palacio de Versailles y donde él ocultaba sus amores clandestinos, que eran muchos.

Por medio de un resorte, Su Majestad, que se encontraba completamente solo en el Pabellón, vio aparecer una mesa que surgía del subterráneo

y que estaba ya llena de magníficos manjares y vinos de la más noble calidad.

Encendió un candelabro y esperó el momento en que llegase María.

Pero quien llegó momentos después fué la condesa de Estrade, que creía encontrar allí a Carlos Freves.

El rey oyó que abrían la puerta e inmediatamente apagó las luces, y, apretando otro timbre, hizo abrir unas puertas que estaban en un rincón de la amplia estancia y de donde surgía una suave luz.

Emocionada, la de Estrade, sin pensar que allá en las sombras estaba el rey, avanzó hacia la habitación iluminada, una alcoba en cuyo fondo había un magnífico lecho.

Aguardó con emoción, había escuchado pasos. ¡Ah, de un momento a otro, Carlos Freves iba a aparecer!

El rey, que creía que la recién llegada era María, se dirigió a la alcoba, abrió los cortinajes y quedó estupefacto al ver allí a la de Estrade, que jamás le había apetecido. La condesa dió un grito de espanto al divisar al rey, y retrocedió hacia la cama. Pero Luis XV, sin decir palabra, salió precipitadamente y, tocando otro resorte, hizo abrir el pavimento sobre el que se hallaba la condesa, empujando a ésta hacia el fondo de un subterráneo.

Aun permaneció allí unos momentos, pero como la condesa, medio lesionada, pudiera salir al fin por una excusada puerta, el rey renunció por aquella noche a su aventura de amor.

Entretanto, se hallaban en el jardín los cadetes escogidos por la Pompadour para la gran

función que iba a darse en breve. Sólo faltaba Gastón.

Carlos Freves, muchacho fanfarrón, gustaba de darse importancia, y aseguraba, ante el asombro de sus compañeros, que muchas noches él era recibido en la alcoba de la marquesa de Pompadour.

—Eso no es cierto—replicó un cadete pequeño que, a pesar de su edad, sabía mucho de las picardías del mundo—. ¡Hay que verlo para creerlo!

—Es que esta noche quería descansar...

—Lo que eres, es un solemne embustero... y si no quieres ser tachado como tal, tenemos que ver todos nosotros cómo entras en la alcoba de la marquesa.

—¡Pues ahora lo veréis!—dijo, picado en su amor propio.

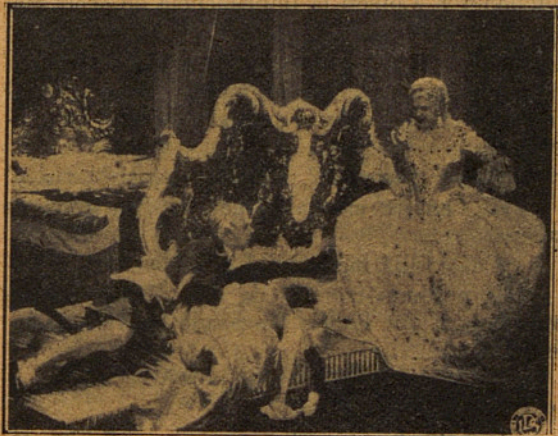
Y para no quedar en ridículo, se encaramó por la ventana del jardín, subió luego costosamente por las paredes, hasta entrar por la ventana de la alcoba de la marquesa. Sólo quería demostrar a sus compañeros la verdad de lo dicho, pues, por lo demás, a él no le interesaba la Pompadour, sino María.

Tuvo miedo al empujar la ventana. ¿No se pondría a gritar la marquesa? Por fortuna, no había nadie en la habitación, y Carlos suspiró profundamente.

Vió un maniquí en un rincón de la alcoba y, para dar a sus amigos la sensación de la realidad, encendió la luz y llevó el muñeco hasta cerca de la ventana. Desde el jardín, los cadetes vieron dos sombras que se abrazaban y se fundían en un largo beso...

Carlos, satisfecho de la farsa y de la utilidad

que le había proporcionado el maniquí representando el papel de la Pompadour, cogió el muñeco en hombros y avanzó por la habitación. Los cadetes vieron cómo Carlos desaparecía hacia el fondo de la estancia con la mujer en brazos. ¡Qué suerte la suya!



—¿Qué hacéis aquí?

Carlos, distraído, tropezó cerca del magnífico lecho, cayendo al suelo junto con el maniquí. Al ruido que produjo la caída, entró la marquesa de Pompadour que se hallaba en la estancia vecina, bien ajena a todo.

Al ver al joven caído le dijo, entre risueña y enojada:

—¿Qué hacéis aquí?

Penosamente, el cadete se incorporó:

—Perdonad, marquesa...

—¿Qué se os ha perdido en mi alcoba? ¿O es que acaso habéis equivocado la habitación?

El joven, turbado, acabó confesando la verdad:

—Marquesa, he subido casi obligado por mis compañeros. Cometí la imprudencia de decir que nos queríamos y...

Ella se echó a reír desdeñosamente.

—¡En buena me habéis puesto! Id y no volváis más. Y si María se enterase de esto, os aborrecería.

—Señora marquesa, ¿sabéis acaso si María...?

—Sí, siempre me habla de vos. Sin duda os quiere.

—¡Cuán feliz me hacéis! ¿Me perdonáis?

—Os perdono con tal de que digáis a vuestros amigos que habéis fracasado en vuestro intento.

—Así lo haré, por vos y por María.

—Pero ahora mismo.

Volvió Carlos a saltar por el jardín y, reuniéndose con los cadetes, les expuso humillado lo verdaderamente ocurrido.

Grandes risas y burlas acogieron la declaración del derrotado. Menos mal que, por una vez más, no se había manchado el honor del rey. Pero en esto los cadetes se equivocaban, pues la marquesa de Pompadour recibía, poco después, la visita de Gastón de Meville y pasaba con él toda la noche, entre una dulce sinfonía de caricias.

* * *

A la noche siguiente se celebró en el jardín la fiesta en honor del rey. Luis XV presidía y asistía lo más florido y selecto de la corte. No faltaba la condesa de Estrade, bien enojada por el fracaso de su tentativa amorosa.

Hubo músicas, bailes, cuadros plásticos de un arte refinado y sutil. Las parejas realizaron prodigiosos minnés sobre la arena del jardín. María tenía por pareja a Carlos. La marquesa de Pompadour, a Gastón. Y la música era tan agradable, tan bello aquel espectáculo, que el rey estaba satisfecho.

Pero el primer ministro se acercó al soberano y le dijo:

—¡Bella fiesta la de esta noche, Majestad!... ¡Lástima sólo de la pareja que tiene la marquesa!

—¿Qué pasa?

—¿No le conocéis?

—Sí, creo que es un cadete de Saint Cyr.

—Es Gastón de Meville, el mal poeta que compuso unos versos contra V. M.

—¿Cómo sabéis?...—dijo asombrado.

—Me había extrañado mucho la fuga de ese hombre y el jefe de policía tomó cartas en el asunto. Acabó por tener la convicción de que el teniente Port estaba complicado en el asunto y le mandó arrestar. Y el teniente confesó de plano. No es Gastón de Moreau, sino de Meville.

—¡Qué infame traición! Hay que condenarle a muerte.

Terminado el espectáculo en el jardín, entraron todos en los salones de palacio.

María y Carlos no se habían separado un momento. Carlos le había declarado su amor, correspondido por ella. Pero en el fondo del alma, ella tenía miedo. ¿Y el rey? ¿No se opondría? ¿No querría que fuese a visitar aquel famoso Pabellón de Venus? Le tenía tanto miedo al monarca... ¿No estaría indignado por haber faltado a la cita?

Y María y Carlos se acercaron a la marquesa de Pompadour, que estaba en charla amable con Gastón.

María confesó el amor que sentía por Carlos, y la marquesa prometió protegerles.

—¿No se opondrá el rey?

—¿Por qué tiene que oponerse? Además, yo se lo pido, y nada puede negarme.

Instantes después, el rey se llegaba a ellos y, mirando severamente a Gastón, le dijo:

—Muy bien habéis bailado, señor Gastón de... Meville.

—¡Majestad!—dijo, estremeciéndose.

La Pompadour le contempló también, contrariada. ¿Cómo había podido enterarse el monarca?...

—Señor...—dijo Gastón.

—¿Negáis?

—No es posible. Pero, perdonadme. Rectifico todo cuanto dije. No os conocía. Mas, cuando os conocí, os amé, a vos y a la marquesa...

Luis XV, bien ignorante de las relaciones que existían entre la marquesa y el militar, dijo:

—¡Merecéis un castigo... y lo tendréis!

El primer ministro se acercó al rey.

—¿Pena de muerte, señor?

La Pompadour adivinó lo que había dicho el ministro, y sus ojos, con aquel poder de fascinación que ejercían sobre el rey, le suplicaron piedad.



—¡Merecéis un gran castigo... y lo tendréis!

Vaciló Luis XV unos momentos, y al cabo, vencido por la muda invocación de la Pompadour, dijo:

—No quiero mostrarme cruel con un poeta. No os condeno a muerte, como merecéis. Os destierro al castillo de San Rafael, en la costa de Bretaña.

—¡Señor!...

La Pompadour hizo un gesto triunfal. Avanzó hacia Gastón y le dijo en voz baja:

—No temáis. Hasta del destierro os indultará.

—¿Creéis?

—Yo, otro día, se lo pediré... Y no estaréis muchos días lejos de mí.

—¡Oh, marquesa!

Una pareja se inclinó reverente ante el monarca: eran María y Carlos. La Pompadour, siempre oportuna, quiso aprovechar aquel buen cuarto de hora del rey, y solicitó autorización para la boda de aquellos dos jóvenes.

Vaciló el rey, un poco sorprendido, pues hubiera querido a María para sí; pero al fin, en vena de generosidad, concedió la autorización. Unas damas de la corte le sonreían a lo lejos, y el rey pensó que mientras conservase el trono y tuviera dinero para sembrar el suelo de oro, no le faltaría el amor de las más linajudas y bellas mujeres. Y se consoló con esta realidad...

Y la condesa de Estrade, que desde un rincón presenciaba toda la escena, se dio a todos los diablos, al considerar que se le escapaba aquel elegante doncel, que no había tenido para ella ni la caridad de una mirada. ¡Ingrato! ¡Y ella que por el cadete hubiera sido capaz de cualquier locura... aun de comprometerse ante los ojos del rey!

Pasó una semana. María y Carlos se casaron. La marquesa de Pompadour consiguió el indulto de Gastón de Meville, quien volvió a Saint Cyr para seguir la carrera militar. De vez en cuando obtendría licencias para ir a Versalles y a París, y sostener entrevistas dulcísimas con la marquesita casquivana y frívola que tan sabia y amablemente sabía engañar al rey...

Llegó el día en que el banquero de la Pompadour tuvo que cobrar los cuatro millones desembolsados... y quien pagó fué el rey, extraño temperamento, que era capaz de arruinar a la nación por satisfacer los caprichos de su amante, sin guardar a ésta fidelidad.

F I N

En las **Ediciones especiales**, acaba de aparecer la deliciosa novela

ESTUDIANтина

por Ramón Novarro y Dorothy Jordan

ESTA SEMANA:

Las peripecias de Skippy

RECUERDE ESTOS TÍTULOS:

EL CAMINO DE LA VIDA

M A M A

CHERI-BIBI

Formidable éxito de
M A T E R N I D A D

o

El derecho a la vida

¡2 ediciones en una sola semana!

Publicada en la colección **Ediciones especiales de la Novela Semanal Cinematográfica**, FUERA DE SERIE

Es un aviso a las mujeres, un consejo a los hombres

16 ilustraciones en el texto

Precio popular: 1 peseta

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

Tipografía Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087-Barcelona

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
